

MARISOL PERALES

~ *Este aire* ~

ARS  POETICA

MARISOL PERALES

~ *Este aire* ~

colección
| SOLA NOCTE |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Este aire
MARISOL PERALES

Dirección editorial:
Ilia Galán

Colección:
SOLA NOCTE

Director de colección:
Jesús Urceloy



© 2022 Marisol Perales
© 2022 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Covadonga, 8
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: junio, 2022

ISBN: 978-84-18536-34-2
Depósito Legal: AS 00839-2022

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis hijos, por sus cuatro voces.

A mi gran profe, Jesús Urceley.

*A ti, lector, con la esperanza de que alguno
de mis versos se enrede en tus manos.*

CELEBRACIÓN Y PRÓLOGO

Hace muchos años que conozco a Marisol. Y antes de conocerla sabía que ella estaba allí, detrás de aquellas canciones infantiles que tarareaba o veía cantar a mis hermanos pequeños. Porque detrás de las voces de muchos famosos y las canciones de algunas series de dibujos animados estaba ella escondida, poniéndole letra a esos sueños de dos dimensiones y mucho colorido. Todos podemos levantar un poco nuestra voz y nuestra memoria y cantar una de sus letras más conocidas: «Érase / una vez / un planeta triste y oscuro / y la luz al nacer / descubrió / un bonito mundo de color».

Así que, ya veis, los versos de Marisol ya estaban conmigo antes siquiera de saber su nombre, porque, y eso es natural, casi nadie lee bajo los títulos de las canciones quién

les puso la letra y solemos atribuir su autoría a aquellos que nos las cantan. De la misma manera tampoco puedo decir mucho de aquel día de octubre, en que entró en mi clase con la intención de aprender poesía.

Por lo tanto ya me puso las cosas difíciles desde el principio. Mientras a unos les enseñaba a rimar, a medir y a contar sílabas, como base para comenzar luego a romper y construir el verso y la palabra cantada, con ella tuve que hacer casi lo contrario. El caso es que con relativa facilidad muy pronto se hizo sitio entre el grupo y comenzó a desvelarnos ese otro mundo personal, de corazón a corazón, de tripas al aire, que todos llevamos dentro y que no es otra cosa que la verdadera poesía: la que se escribe desde la sentimentalidad y el trabajo.

Y enseguida nos dimos todos cuenta, en esas lecturas de clase, en esos ejercicios que acababan convirtiéndose en verdaderos poemas, que dentro de aquella mujer sonriente y jovial, vivía una persona preocupada por el mundo, ese inmenso pequeño mundo que nos rodea y que nos hiere y nos hace soñar, que nos maltrata y nos ayuda, que nos hace ser un poco más ángeles y un poco menos demonios.

Marisol ha sido profesora toda su vida. En pueblos muy pequeñitos y en ciudades populosas. Ella nos ha enseñado a leer, a sumar, a conocer los ríos y sus nombres, las mon-

tañas y sus valles, las regiones y sus gentes. Y hoy ha decidido –por fin– dejarnos por escrito esos poemas, esos recortes animados, esos pedazos de su vida. En versos sencillos y próximos, porque ella sabe muy bien que lo más difícil no es hacer florituras, sino escribir con esa sensación del que se enamora, que siente que algo se le revuelve dentro, y que le sube y le baja un nosequé por el estómago. Marisol construye el verso con minuciosidad milimétrica pero con tanta sencillez que parece que el verso le sale así, como quien respira.

Sentimentalidad y trabajo. Vida y memoria. La condición que nos hace ser y no sólo trascurrir por el pasillo apagado de la vida, ese pasillo que necesita de la pequeña luz de cada uno encendida para los demás. Marisol habla de sus cosas, es decir de nuestras cosas, de su familia, de sus padres, de sus amigos y amigas, de las personas. Y también de las ciudades y las casas, los objetos, las necesidades, las estaciones de transporte, los campos, los ríos, los personajes vivos de lo cotidiano. Y también con la delicadeza, la sutilidad del orfebre, cada poema traduce una discreta moraleja, un pensamiento en la sutilidad del recuerdo. Podremos olvidar el nombre del poeta, lo que decían exactamente sus versos, pero si en el recuerdo nos llegan esos discretos pedazos de significado, el poema habrá sido y tendremos todo el derecho a ser salvados.

Marisol sale a la calle a mirar el mundo, y algunas noches se queda a la luz de la lamparilla, desde lo alto de su ventana, observando, como ese farero que necesita toda ciudad, todo barrio, para advertir a los rezagados que aún queda claridad, que la vía no está solitaria, que aún nos quedan el humorcillo bueno de las palabras bien dichas y la esperanza.

Y la necesidad de ser, y de contarlo.

JESÚS URCELOY / abril de 2022

YO NACÍ EN UN PUEBLO PEQUEÑO

Yo nací
en un pueblo pequeño
con campanas de iglesia y olor a paraíso,
donde la mies se mece complacida entre
cantos de grillos y cigarras,
donde los campesinos alegres recogen su cosecha
y las golondrinas resuelven en su vuelo el misterio del aire.

Nací
donde las zarzamoras enredan los caminos
donde los niños juegan sin pensar
en los números rojos del calendario,
nací entre las alamedas donde cantaba el ruiseñor
entre almendros blancos como mañanas de domingo
donde los mayores sentados en un banco dejan pasar el
[tiempo.

Nací
En un pueblo pequeño
con campanas de iglesia y olor a paraísos
que dan sombra y sentido a la mañana.
Nací bajo los párpados de lino del verano
cuando sus calles eran verdes
y el aire se llevaba los restos de un naufragio.

AMANECE UN NUEVO DÍA

Amanece un nuevo día delante de mi casa.
A las ocho se oyen los primeros compases
y veo el primer pájaro,
en el jardín la arena sigue mojada.
A las nueve cuarenta la grúa se lleva un Opel Kadett blanco
que estaba en doble fila.
A las doce, veo una ambulancia frente al número quince
y se llenan de ojos las ventanas.
Vuelve el día,
bocinas y graznidos envolviéndolo todo.
A la una y treinta y cinco
mi calle tiene aroma a pollo asado,
invaden las aceras funcionarios sin prisa,
secretarias con móvil y carmín,
banqueros, dependientes, ejecutivos con corbata roja.
Son ya casi las siete,
los oficinistas salen de trabajar
y cruzan por la senda de los rosales secos
sin detenerse a mirar
la sombra de los desamparados.
Los relojes de la ciudad van marcando
el ritmo de la tarde,
son las nueve y empieza a oscurecer.

ESTA CASA GRANDE

De nuevo estoy
en esta casa grande
con sus cuatro ventanas y su número 4 vigilando el portal.
Aquí todo recobra ese sonido mudo de las huellas
y la noche es un sueño de alas recogidas
donde agoniza la escalera y sus derrotas verticales.
De nuevo estoy
en esta casa grande
persiguiendo la luz de los tejados
clavada en esta acera de un recuerdo encendido
viendo pasar las nubes sobre un paisaje inmóvil.
Solo llegan a oírse las palabras partidas del silencio
que son ruidos de ayer,
como fantasmas con sus sábanas blancas
y su bola de hierro en el tobillo.
De nuevo estoy
en esta casa grande
con un temblor oscuro de ventanas cerradas.

EL SOMBRERO (Sextina)

Para mi maestro Jesús Urceley.

El sombrero que ya pasó del siglo
pacientemente espera en una percha
piensa que ya tal vez no esté de moda
y sueña con un calvo sin un pelo
hay polvo en sus arrugas y la vida
le arrebató su maniquí con traje.
En el escaparate sin su traje
se quedó para orgullo de este siglo
y ya olvidado teme que su vida
esté siempre colgada de una percha
a no ser que un señor con poco pelo
crea que este sombrero está de moda.
Yo confirmo que está de plena moda
pues lo lleva mi «profe» aunque sin traje
tal vez porque ya tiene poco pelo
y menos que tendrá a final de siglo
cuando duerme lo cuelga de una percha
y en cualquier ocasión le da la vida.
Si quieres ir de "chulo" por la vida
lo dicen las tendencias de la moda
que lo más importante es tener percha

un bonito sombrero y algún traje
y para estar a tono con el siglo
cubrirse la cabeza si no hay pelo
El principal problema si no hay pelo
es pasar como calvo por la vida
y si has sobrepasado el medio siglo
olvídate, que ya no estás de moda
y si por colmo no te abrocha el traje
es que ya no te queda ni la percha.
No te apures y quédate en la percha
que hay a quien ya le queda poco pelo
y el día llegará que aunque sin traje
te pasees glorioso por la vida
volverás otra vez a estar de moda
para bien de los calvos de este siglo.
Para ir a la moda en este siglo
no hace falta ir de traje y tener pelo
hay que llevar sombrero y tener percha.